

Riesgo inminente de desplazamiento

Luz Piedad Caicedo

Ciudad de México, 12 de septiembre de 2018

Aproximadamente a las 7:50 de la mañana del domingo 9 de septiembre, empezó a escucharse el tableteo de las AK40 y AR15, de un lado y de otro. El cura de Filo de Caballos, comunidad de Leonardo Bravo, ya había inaugurado la mañana con cinco detonaciones, pero de cohetes artificiales, entreveradas con el repique de las campanas, porque ese día era el aniversario de la parroquia del pueblo. Hacía solo 4 días, que los de Tlacotepec habían atacado varias comunidades de ese municipio y de Eduardo Neri, su vecino, ubicados en la sierra del estado de Guerrero en México. Quieren controlar la zona, en especial la carretera que sube de Chilpancingo a Tlacotepec, entre Xochipala y Filo de Caballos. Este es el octavo ataque en lo que va corrido del año, pero es la primera vez que se producen dos tan seguidos y en el mismo mes.

El del miércoles 5 duró seis horas y se calcula que en el intercambio se quemaron alrededor de 10 mil cartuchos. El enfrentamiento debió costar unos 250 mil pesos mexicanos (alrededor de 14.300 dólares). Del ataque del domingo 9 no hay cálculos, pero fueron tres horas y media de disparos provenientes del mismo armamento y de los mismos grupos. Tal vez la inversión, en esta última fecha, fuese de unos 8 mil dólares.

El negocio de la goma de amapola ya no es tan rentable. Desde septiembre del año pasado, el precio se desplomó y no ha vuelto a repuntar. Si antes se recibían entre 15 mil o 20 mil pesos mexicanos por kilogramo, hoy no pagan más de 4.000. Entonces, ¿de dónde sale tanta plata para sostener esta guerra o por qué disputarse un territorio justo cuando los precios están más bajos?

Es *vox populi* que el Necho recibe mensualmente 3 millones de pesos de la Gold Corp y Media Luna por brindarles seguridad para explotar la que es considerada la mina de oro más grande de Latinoamérica. Además de este ingreso mensual, el Necho dice tener dos bultos, cada uno con 50 millones de pesos mexicanos. El primero, para sostener su ejército de 500 hombres y comprar munición para atacar periódicamente a las comunidades protegidas por el Gordo. Su estrategia, desgastarlo. En caso de no lograrlo, echará mano del segundo costal para salir huyendo de ahí con su familia, entre quienes se encuentran sus cuatro esposas y sus hijos.

Pero los vecinos de Filo de Caballos, Campo de Aviación e Yyotla, entre otras comunidades, que han logrado sobrevivir a los ataques gracias al Gordo, saben que el poder económico de este último es muy inferior y que llegará un momento en que no habrá “parque” suficiente para mantener el ritmo que le está imponiendo el Necho. El desplazamiento forzado es inminente, como ocurrió ya en Corralitos, otra comunidad de Leonardo Bravo, tras el ataque de junio de este año.

En la sierra de Guerrero se cultiva amapola desde hace 50 años. El Gordo se ha enriquecido con la goma de opio que se saca de los cultivos de amapola en las comunidades de los municipios de Leonardo Bravo y de Eduardo Neri y el Necho con la proveniente de municipio General Heliodoro Castillo. Ellos son sólo dos de los múltiples actores armados que hay en

el estado de Guerrero negociando con heroína y cocaína. La goma sale de la sierra de Guerrero por carretera rumbo a Michoacán, donde la convierten en heroína.

Para quienes viven en las alturas de uno de los estados más peligrosos de México, el Necho y el Gordo no son más que acopiadores de goma, no alcanzan a ganar el título de narcotraficantes. Pero su capacidad de daño es enorme y la guerra que azota la región tiene en zozobra a toda la población.

Varias familias han empezado a abandonar sus casas buscando refugio como arrimados entre familiares que viven fuera de esas tierras. A pesar de ser una zona de cultivo de amapola articulada a uno de los negocios más rentables del mundo, después del tráfico de armas y de mujeres, el campesinado de la sierra, no es rico. Las ganancias, en épocas de vacas gordas, les permitieron comprar bienes de consumo en el comercio de Chilpancingo sin pensarlo mucho, pero no más que eso. Hoy, con la bajada de precios, si sobra algo de dinero, buscan los precios más bajos para renovar los zapatos y la ropa vieja.

La pobreza y la violencia iguala por lo bajo al campesinado y lo deja a la deriva debido al estigma de narcotraficantes y, cuando menos, de broncos. El área en que se desarrollan los enfrentamientos está a tan solo dos horas de camino de Chilpancingo, capital del estado de Guerrero, por carretera pavimentada y en perfecto estado. Sin embargo, la fuerza pública no se moviliza para proteger a la población. El domingo llegó un convoy después de las tres horas y media de tiroteo. Después de unas escaramuzas con los armados, los estatales abandonaron la sierra y volvieron a dejar al campesinado a su suerte. La gente que había pensado que por fin los salvaban de la muerte, volvió a la realidad: no son nadie para ningún gobierno, ni el estatal ni el federal.

Las noticias sobre los enfrentamientos entre los grupos armados le dejan el sabor a la sociedad de que esa es una tierra sin ley ni gobierno donde todos son delincuentes. Lo primero es muy cierto, pero lo segundo borra las grandes diferencias que hay entre quien siembra la amapola, quien recolecta la goma, quien la acopia, quien controla las rutas, quien la transforma en heroína y quien la exporta hacia Estados Unidos, principal cliente de este psicoactivo.

La larga cadena de eslabones entre la flor de amapola y el consumidor está tejida por coimas a distintas autoridades, tanto de fuerza pública, como de gobierno; por estructuras fuertemente jerarquizadas en las que la fidelidad se alcanza gracias al terror y los asesinatos ejemplarizantes; y por traiciones. El caldo del narcotráfico tiene demasiados ingredientes, muchos de ellos secretos. Por eso, los análisis sobre lo que pasa en zonas bajo el dominio de la delincuencia organizada son siempre difíciles, con el riesgo de reproducir mitos y acrecentar poderes. Porque, además, la guerra que desata el narcotráfico no se hace sólo con balas sino circulando noticias y difundiendo falsas verdades.

Parte del éxito militar de los de Tlaco, es decir del Necho, es la información que difunde entre su gente y a través de las redes sociales. La historia que predomina entre los habitantes del municipio General Heliodoro Castillo, del cual Tlacotepec es cabecera, es que el Gordo los tiene confinados y no les permite circular por la única carretera que llega a este centro poblado. Desde Filo de Caballos el análisis es distinto puesto que los que se han atrevido a subir hasta Tlacotepec no han regresado. O los desaparecieron o los dejaron secuestrados para que se queden de peones en las plantaciones de amapola.

Las diferencias entre las comunidades de la sierra de Guerrero son grandes y la relación que tienen con los actores armados muy distintas. En la zona del Gordo no se cobra piso (pago de dinero por tener algún negocio), no hay gente secuestrada, hay libre circulación por carreteras y caminos, no se cobra para el sostenimiento de los 70 hombres que conforman su ejército. Se dice que el Gordo anda ya con los tenis rotos y que es su señora la encargada de preparar la comida para toda esa gente. Las comunidades bajo su influencia sienten que los ha protegido de caer bajo la dominación del Necho. Pues este hombre tiene gente trabajando obligada en sus plantíos, cobra piso a los negocios y es quien ha emprendido todos los ataques. Su mayor riqueza no solo se la debe a Gold Corp y Media Luna, sino a las extorsiones, el trabajo forzado y a que es más “bronco”.

Hay otras comunidades que han logrado no quedar bajo la influencia ni del Gordo ni del Necho. En parte, porque es verdad que las personas de estas sierras resuelven sus diferencias muchas veces con las armas y la muerte, pero también porque no todos sus parajes resultan estratégicos. Así en las laderas más retiradas, empinadas y altas de la sierra, el campesinado, la gente común y corriente, ha podido imponerles normas a los armados.

Urge atender estas poblaciones, entender su diversidad y reconocerles sus derechos. Decir amapolero o amapolera debería llevar inmediatamente, a quien escucha esa palabra, a ver a una persona con una gran capacidad de trabajo y de organización. Sacar la goma de los bulbos de la amapola requiere un arduo trabajo, cuidado, constancia y resistencia. Horas y horas deshijando, con el cuerpo doblado en dos, después desyerbando, más adelante cortando el bulbo, para al final extraer la goma. Las personas que viven en estas tierras tienen la capacidad de organizar jornadas de trabajo para resolver necesidades comunes. Así, por ejemplo, en días pasados, ante la escalada de atracos que se han venido sucediendo en el corredor de Xochipala, alrededor de 500 campesinos emprendieron el desbroce de la vegetación que bordea la carretera para disminuir las posibilidades de embosque de los atacadores.

Urge descriminalizar al campesinado que no cuenta con alternativas de trabajo y que se ve abocado a defender su vida a como dé lugar. La propuesta de legalizar la producción de goma de opio con fines medicinales es una salida siempre y cuando el campesinado no se vuelva peón de las grandes farmacéuticas. De otra manera, los grupos armados seguirán halando hacia sus filas a los jóvenes de la región. Urge también, exigir a las grandes empresas mineras no comprarle seguridad al crimen organizado. Que digo exigir, hacer cumplir la ley. ¿O acaso es legal pagar matones para garantizar el funcionamiento de un negocio?